



Homilía

Triduo a Santa Angela de la Cruz

Convento de Jerez, 4 de noviembre de 2010

Hermanos sacerdotes; Queridas hermanas de la Cruz; hermanos/as todos:

A las puertas del día de Santa Ángela y tras haber dado gracias por la beatificación de M. María de la Purísima, nos reunimos hoy para celebrar este triduo en honor de nuestra querida M. Fundadora. La Santa nos lleva siempre a la Cruz. Fue su pasión y su vida. Y un acontecimiento de tan alto significado como el vivido recientemente por la Congregación -y por toda la Iglesia andaluza-, por la incorporación de otra hermana al cortejo que en el cielo acompaña al Cordero, representa un logro excepcional que siembra de gozo y esperanza el camino que conduce de la **"Cruz"** a la **"gloria"**.

Vivir en la Cruz

Por eso, permitidme que centre mi predicación, precisamente en ese misterio que tan sabiamente lo vivió ella:

"La verdad ... nuestro país es la cruz: en la cruz voluntariamente nos hemos establecido y fuera de la cruz somos forasteras.." Así alecciona Santa Ángela en una de sus cartas a sus hijas y discípulas. (Carta 19-2-1885).

Afirmar eso es convenir con San Pablo que el **"misterio de la Cruz"** siempre es **"escándalo para los judíos"** –para aquellos que no soportan la imagen de la debilidad de Dios- y **"necedad para los gentiles"** –los que, como hoy, con su razón y su prepotencia se estrellan ante la muerte como un absurdo sin sentido. **"Mas, para nosotros** (para los creyentes, para los cristianos), **fuerza y sabiduría de Dios"**. (Cf. 1 Cor 1, 18-25).

En efecto, en Cristo Jesús, allí donde parece haber sólo fracaso, dolor, derrota..., se ha transformado en experiencia fecunda de gracia y esperanza; en expresión gozosa del Amor ilimitado de Dios por el hombre y en prueba de su omnipotencia, que se revela precisamente en esta aparente debilidad.

"Vivir en la Cruz", como pide y atestigua Santa Angela, es cumplir el deseo de Jesús en aquellos momentos sublimes de su despedida: **"permaneced en mi amor"** (cf. Jn 15, 9). Y es hacerse apóstol de esa verdad que es una de las afirmaciones fundamentales que San Pablo nos ofrece en la segunda carta a los Corintios: que Cristo **"murió por todos"** (2 Cor 5,15). Se hizo **"goel"** y responsable del pecado de todos los hombres. Y el precio del pecado, es la muerte. Afrontó la culpa universal, pagando por ella, como forma de salvar al hombre. Murió a favor nuestro: **"murió por todos"**.

Fuera de esta verdad, como dice la Santa, es situarnos ajenos a la salvación de Dios, porque **"en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo"**. Nuestro país es la Cruz porque reconocemos que de ahí nos ha venido la nueva relación que los hombres podemos tener con nuestro Dios y Creador. Ahí nacimos como hijos **"en"** Cristo y coherederos **"con"** El de su misma gloria. Ignorar esta verdad, después de haberla conocido, sería como salir de la patria y emigrar a un país extraño y lejano, como el hijo pródigo.

La Iglesia nació de la Cruz. Pablo VI afirmaba que una Iglesia que camina lejos de la Cruz, y va en busca de la apoteosis y del triunfo, y olvida el silencio, el testimonio, la cercanía, el diálogo, ha perdido su camino. Pues, esa sabiduría de la humildad que aparece en el amor a la Cruz es la que enamoró a Santa Ángela y es el camino que propuso a sus hijas y a toda la Iglesia.

Y, por tanto, también a todos nosotros. El amor de Dios manifestado en Cristo Crucificado es la cercanía del Omnipotente que por puro amor se ha hecho débil para estar cercano a nosotros, y en su generosidad nos invita a caminar por las sendas del amor que se entrega creciendo hacia abajo, esto es, en la humildad.

EL poder de Dios

La Cruz revela "**el poder de Dios**" (cf. 1 Co 1, 24), que es diferente del poder humano, pues revela su amor:

"La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Co 1, 25).

Nosotros, a siglos de distancia de San Pablo, vemos que en la historia lo que vence al pecado y al príncipe de este mundo es la Cruz y no la sabiduría humana que la rechaza y se opone a ella. El Apóstol justifica esa necedad diciendo que "**de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la gloria**". (cf 1 Cor 2,8). El Crucificado es sabiduría, porque manifiesta de verdad quién es Dios, es decir, poder de amor que llega hasta lo indecible para salvar al hombre. Dios se sirve de modos e instrumentos que a nosotros, a primera vista, nos parecen sólo debilidad. Sin embargo, el Crucificado desvela el verdadero poder de Dios, porque además lo regala como un don: precisamente esa gratuidad total del amor es la verdadera sabiduría.

Santa Ángela y sus hijas sabéis bien que cuando os enfrentáis a la pobreza, a la debilidad, a la vida de entrega... vivís el poder de Dios. Y como a San Pablo también el Señor os repite cada día:

"Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte" (1 Co 1, 28). Pero, "mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza" (2 Co 12, 9).

Así lo inculca la Santa en una de sus Cartas:

"Otras (cruces) las rechazamos por "falta de humildad". Contamos con nuestras propias fuerzas y decimos: "no puedo, me conozco .." ... Es un error ... Si tuviéramos más humildad veríamos que con nuestras propias fuerzas no podemos con ninguna, sea la que sea; que es nuestro Señor el que nos ayuda a llevar la pequeña y la grande, y que lo necesitamos para llevarla con fruto es nuestra voluntad. Démosle a Dios nuestra propia voluntad y nuestro Señor hará lo demás" (Carta 112, 4-VI-1927)

Camino de vida

Heidegger decía que el hombre es un <ser-para-la-muerte>. Vivir es morir. Esta es una realidad existencial universalmente aceptada. Vivir no sólo es ir perdiendo la vida o vitalidad, es ir muriéndose. Y este irse muriendo como un paulatino ir acercándose a la muerte, cierta e incierta, es algo que pertenece a la misma esencia del ser humano.

Todos vamos camino de la muerte. Humanamente, el camino de la cruz termina en el Calvario. De esta forma, parafraseando al filósofo, podríamos decir que el hombre es <un-ser-para-la-cruz>. Pero no todos han descubierto el manantial de vida que hay en la misma muerte porque el Hijo de Dios ha muerto "**por**" y "**para**" nosotros. De esta forma, para unos la Cruz es "**camino de muerte**" y para otros "**camino de vida**". Por eso hay que "**fiarse**" del Señor y de su Palabra.

En definitiva, amar a Cristo. Porque dice Él: "**el que me ame guardará mi Palabra**" (Jn 14, 23). San Pablo lo testifica: "**Yo sé de quien me he fiado ..**" (2 Tim 1,12) "**me amó y se entregó por mí**" .. (Gál 2,20). Por eso, "**para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir..**" (Cf. Flp 1, 21).

También Sta Angela se "**fió**" del Señor y de la Cruz. Se anonadó a sí misma "**pisoteando el yo**", como gustaba decir; se abrazó a la pobreza, al desprendimiento exterior e interior; a la humillación del amor propio; se entregó a los enfermos, a los últimos; amó a los pobres...

Y ahí precisamente experimentó el manantial de vida y alegría que manaba de la Cruz; tampoco ella quiso saber otra cosa sino a "**Cristo, y Cristo crucificado**" (cf. 1 Cor 2,2). Por eso, su celo fue no sólo vivirlo, sino transmitir esta vida y esta verdad a otras hermanas que, con el mismo espíritu fueran testigos permanentes del amor de Dios, que en Cristo se mostró "**manso y humilde de corazón**" para seguir aliviando a los cansados y agobiados (Cf. Mt 11, 28); es decir, dando de "**comer al hambriento**", "**vistiendo al desnudo**" .. (Cf. Mt 25, 37). Y haciendo todo lo que los pobres de Sevilla, Jerez, Sanlúcar, y tantos sitios saben que hacen amorosa y entregadamente las Hermanas de la Cruz.

"**Haz tú lo mismo**", le decía el Señor a uno que le preguntó: "**¿y quién es mi prójimo?**" (Cf. Lc 10, 37). Lo mismo nos lo dice el Señor a todos. Escuchémoslo en palabras de Santa Angela, inculcándolo a sus hijas en una de sus Cartas circulares:

“Y qué alegría para esta hora (última) haberse preparado en el Calvario y que nuestro Señor nos pueda decir: Ven, bendita de mi Padre .. porque me acompañaste en el Calvario y has practicado las virtudes que han nacido regadas con mi sangre: la humildad, la paciencia, la dulzura, la obediencia, pobreza castidad... Ven, porque llevaste las pruebas que te envié con tanta conformidad ... Ven, alma fiel, lo fuiste en vida no haciendo otra cosa que mi santa voluntad, y ahora es justo que se te abran las puertas de la gloria ...” (Carta 97, nº 7; 21-III-1924)

A la Beata **M. M^a de la Purísima**, se le cumplieron ya esas palabras. A **Santa Angela** y a ella nos encomendamos para que también nosotros participemos del mismo manantial de Vida que brota, justo, de la misma Cruz y escuchemos desde allí las palabras del Señor: **“pasa al banquete de tu Señor”** (Mt 25, 21). Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez